

CAPÍTULO VII

TENOR DE VIDA EN TIEMPO DE PREDICACIÓN

Si sólo hubieseis de subir al púlpito para sermones aislados y de circunstancia, no seríais, propiamente hablando, predicadores. El predicador es continuador de los varones apostólicos, de quienes dice el Evangelio que «habiendo el Señor escogido y asociado á sus Apóstoles setenta y dos discípulos, envióslos de dos en dos á toda ciudad y lugar á donde había de ir El mismo» (1).

Jesucristo quiere entrar en las almas, y El no entra sino por puertas abiertas, y los predicadores son los que le abren esas puertas. Cuaresmas, misiones, ejercicios espirituales, novenas, son tiempos benditos en que la palabra de Dios llama con redoblados golpes á la puerta de las almas, invitándolas á recibir al Rey de la misericordia y de la gracia.

(1) «*Designavit Dominus et alios septuaginta duos, et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum quo erat ipse venturus.*» (Luc., X, 1).

¿Cómo habéis de vivir y conducir os durante esos tiempos? No me creo con suficiente autoridad para aconsejaros sobre el particular. Cedo la palabra á uno de nuestros maestros, venerable Humberto de Romans en su libro *de eruditione prædicatorum*.

Lo primero es «la obediencia, que debe llevar al predicador al punto de su misión. Ardiendo Isaías en deseos de abandonar su retiro para anunciar á Israel la divina palabra, pide mandato al Señor:—Aquí estoy, envíame» (1).—En aquel santo profeta, el deseo de hablar provenía de acendrado amor de la gloria de Dios y salvación de su pueblo.

¿Es este puro amor el que preocupa nuestros corazones cuando deseamos el ministerio apostólico? ¿Nos resignamos con franqueza y sencillez en manos de nuestros superiores? Y al decir como el Profeta: *Ecce ego, mitte me*, ¿no abrigamos, por ventura, secretos motivos que conocidos, obligaran á los padres de nuestras almas á retenernos más que á enviarnos? ¡Ah! la miseria humana es de todos tiempos, y el venerable Humberto nos revela sus viciosas intenciones.

(1) «*Ut discursus prædicatoris sit laudabilis, requiritur ut cediatur obedientia bono. Unde Isaías, licet haberet voluntatem eundi, tamen petiit hoc sibi imponi dicens: Ecce ego mitte me.*» (*De erudit. prædicat.* part. VII, § 34).

«Este, semejante á niño enemigo de la escuela, se propone eludir la disciplina claustral» (1). Le gusta respirar aires de libertad, y sustraerse por algún tiempo al menos, del yugo de las observancias regulares.

«Aquel halla dura la abstinencia del convento, y cuenta refocilarse en una mesa mejor servida» (2).

«Otro, muy sensible á los afectos carnales, necesita ver á menudo á sus deudos y predilectos amigos» (3).

«Otro se ha metido inconsideradamente en asuntos profanos que quiere evacuar y en que mejor le fuera no ocuparse» (4).

«Otro, movido de curiosidad, se muere por ver y oír lo que en el mundo pasa» (5).

«Otro, por fin, bebe los vientos por exhibirse

(1) «*Alii discurrunt ut fugiant disciplinam claustris, sicut pueri fugiunt scholas.*» (Op. cit., § 33).

(2) «*Alii causa ventris, cum tenuem victum habent in claustris, sicut canes de quibus dicitur (Ps. 58): Famem patientur ut canes et circuibunt civitatem.*» (Ibid).

(3) «*Alii sunt propter amicitiam carnalem volentes frequenter visitare modo istos, modo illos amicos carnales.*» (Ibid).

(4) «*Alii propter negotia secularia ut sunt testamenta et hujusmodi. Contra quos dicitur (II Tim., 2): Nemo militans Deo implicat se negotiis secularibus.*» (Ibid).

(5) «*Alii ex curiositate volentes videre modo istos, modo illos, et scrutare quedam, et audire ad eos impertinentia.*» (Ibid).

y hacer acopio de éxitos para satisfacción de su vanidad (1).

Ahí tenéis los móviles que á unos y otros empuñan en su ministerio de apóstoles, so pretexto de invitación sordamente procurada (2) y de autorización sacada con astutos amaños.

Dios nos libre, hijos míos, de tales miserias y de semejantes motivos y medios. Purifiquemos nuestra intención; ni más fin tengamos, en nuestras correrías apostólicas, que la gloria de Dios trabajando con denuedo en la salvación y perfección de las almas; y entonces, podremos, con corazón sincero y enteramente sumiso, decir á nuestros superiores, como el Profeta á Dios: *Ecce ego, mitte me.*

Llegados al lugar de vuestro apostolado, váis á comenzar la campaña del ministerio evangélico. Recordad lo dicho en el capítulo sobre *Disposiciones del alma y Auxilios divinos*. Os exhortaba á disponeros para la predicación penetrándoos de los sentimientos de Nuestro Señor Jesucristo. Hora es de que, henchida el alma de estos senti-

(1) «*Alii sunt qui officium prædicationis, quod ad salutem proximi est ordinatum, retorquent ad finem vanæ gloriæ.*» (Op. cit., part. III, § 14).

(2) «*Alii non solum sunt prompti ad hoc officium, immo procurant per se vel per alios, directe vel indirecte, hoc sibi imponi.*» (Ibid.).

mientos, se traduzcan en vuestra vida y, según frase del Evangelista, pongáis la luz en el candelero. El ejemplo iluminará vuestra palabra. «Mejor se enseña pintura, dice el venerable Humberto, poniendo á la vista modelos, que con explicación verbal de las reglas del arte. Así el predicador mejor da á conocer á Jesucristo mostrándole vivo en su persona, que hablando de El en sus discursos» (1). Reconocerán que vivís de El, si vivís como El. «¡Oh buen Jesús! exclama San Bernardo, ¡cuán dulce fué vuestra conversación en medio de los hombres! ¡*O bone Jesu, quam dulciter cum hominibus conversatus es!*» Manifestaos, pues, como el divino Predicador, llenos de celo por la divina gloria, sedientos del bien de las almas, mansos y humildes de corazón, accesibles á los pequeñuelos, misericordiosos con los pecadores, atentos á cuanto sea hacer bien, sufridos, pobres, mortificados, dispuestos á todos los sacrificios por asegurar vuestra obra de redención.

A imitación de Jesús, que unía la oración á la enseñanza y á las grandes obras de su vida pública, orad con El y como El. Habéis pedido á Dios su ayuda en la preparación, más la necesi-

(1) «*Melius autem docet pingere qui non solum verbo, sed etiam imaginem ostendendo docet, et ideo prædicator debet vitam Christi non solum verbis prædicare, sed etiam in se ostendere.*» (V. HUMB. *Expositio* Regule sancti Augustini, § 59).

táis en la acción. Nada sacrificéis de vuestros ejercicios de piedad, sed fieles á ellos, en lo posible; y si las tareas apostólicas exigen más actividad y tiempo, tened siempre levantado el corazón á Aquel de quien dimana toda gracia y dádiva perfecta. Dice San Gregorio que «más vale, en la predicación, la constancia del santo amor, que toda la ciencia de un discurso bien preparado: *Plus valet ad prædicandum sancti amoris constantia quam exercitati sermonis scientia.*»

Vivir en íntima unión con Dios, tal es el medio de conversar dulcemente, como el divino Maestro, con los que nos rodean. Si estáis con un compañero de ministerio, guardadle respeto, deferencia, y caridad, sea mayor ó más joven que vosotros. No hay cosa que tanto edifique á los fieles, como la buena armonía de aquellos que los evangelizan. Ya que juntos trabajáis en la misma obra, no hagáis nada sin consultaros mutuamente, y uno á otro prestaos de grado y con amabilidad los servicios que un hermano debe esperar de otro hermano. Consolaos en vuestras penas, sosteneos en las pruebas, animaos y asistíos en los trabajos, amonestaos en vuestras debilidades y faltas, excitaos al amor de Dios y de los prójimos; sed, en fin, una alma y un corazón: *Cor unum et anima una.*

Respecto de los que os hospedan, que con preferencia deben ser religiosos ó eclesiásticos, observad el precepto de San Pablo: «*Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum.* No ofendáis á nadie, y respetarán vuestro ministerio» (1).

Se ofende á esas personas con refinadas delicadezas, exigencias inmoderadas, quejas y murmuraciones. ¿Qué han de pensar de quien, habiendo abrazado austera regla y profesado vida mortificada, no halla más que defectos en la hospitalidad que se le ofrece; ni piensa más que en cuidarse y acomodarse; y se le oye quejarse del alojamiento, cama y comida; y rehusa con displicencia los manjares que le han preparado y con aspereza pide que le arreglen otros, y sobre todo, si trata de procurarse de fuera algo que satisfaga á su inmortificación y sensualidad? «Es este, dice el venerable Humberto, el colmo de la indecencia en los pobres de Cristo y deplorable olvido de las instrucciones que nuestro Señor daba á sus Apóstoles cuando les decía: «Comed y bebed lo que os sirvan» (2).

(1) II Cor., vi, 3.

(2) «*Non fatiget homines alios cibos quam præparaverint postulando, aut etiam aliquos refutando..... Alii sunt qui multas superfluitates in cibis vel potibus procurant, vel sustinent pro se fieri: quod est valde indecens in pauperibus Christi contra quod dicitur. (Luc., x): Edentes et bibentes que apud illos sunt, quasi diceret: Sufficiant vo-*

Se ofende á quienes nos hospedan ostentando aires de superioridad, queriendo hacer de amos y meternos en todo, sin respeto á los usos de la casa y á las costumbres de la parroquia. No alteréis en nada esas costumbres.

Si os piden que prediquéis demasiadas veces, alegad con modestia y mansedumbre las razones que á ello se oponen. Hay sacerdotes, por otra parte excelentes, que se figuran que el predicador ha de estar dispuesto á tomar la palabra á todas horas, y explotando sus fatigas, se ingenian para duplicar y aun triplicar el trabajo de una cuaresma ó predicación, con instrucciones y pláticas de circunstancia y ejercicios á hombres, mujeres, hijas de María, artesanos, y cuanto se les ocurre. Abuso, contra el cual estáis en derecho de protestar. Mas tampoco escatiméis, por ahorraros trabajo, el alimento espiritual que debéis á vuestros convidados. Ateneos á esta regla del acreditado maestro cuya autoridad vengo invocando: «La predicación rara no basta; la demasiado frecuente se desprecia. Debe, pues, predicarse con medida: *Prædicatio, si rara est, non sufficit; si nimia est, vilescit. Ideo temperate est prædicandum*» (1).

bis que sunt in domo; itaque propter vos nil extra queratur.» (Op. cit., part. VII, § 41).

(1) Op. cit., part. IV, § 18.

Muy poco es no ofender, es preciso edificar. De un apóstol todo el mundo espera ejemplos de regularidad y virtud, que son como garantía de la sinceridad y eficacia de su palabra. Mostraos fieles á vuestras observancias regulares, en cuanto no os lo impida el ministerio á que os debéis por completo. Que os vean rezar devotamente el oficio, celebrar con fervor la santa misa, visitar con frecuencia al Santísimo Sacramento, daros á los ejercicios de piedad que aconsejáis á los demás, practicar, en una palabra, todas las virtudes que son ornamento de la vida sacerdotal y religiosa. No pocas ventajas reportará vuestra palabra de la santidad de vuestra vida.

«No faltan, prosigue el mismo Venerable, predicadores que, hospedados, dejan pocos ejemplos de santidad, si alguno dejan, creándose con tal motivo triste fama» (1) que recae sobre toda la Orden á que pertenecen. Penoso es para superiores el que se diga: «Tal sacerdote ó religioso no hay duda que es de talento. ¡Lástima no sea más espiritual!» Tened ese juicio de vuestros comensales, y granjeaos, edificándolos, favorable concepto de santidad.

(1) «*Alii sunt qui in hospitibus signa sanctitatis parva aut nulla ostendentes, non relinquunt de se aliquam bonam famam.*» (Op. cit., part. VII, § 61).

No sois prisioneros en la casa de hospedaje; vuestro ministerio de predicación por necesidad ha de relacionaros con la gente. También por este lado regulad vuestra vida de suerte que evitéis toda censura. Las personas del mundo buscan como obsequiar al predicador que les cae en gracia. Se honran de que les visite, le invitan á su mesa y á sus tertulias. Si el pobre tiene la flaqueza de dejarse ir, llegará á perder en banquetes, diversiones notable parte del tiempo que debe á su ministerio, se expone á hacerse mundano, con grave escándalo del pueblo que no concibe el que un varón de Dios ande tan metido é identificado con el mundo. Por tanto, no os fiéis de agasajos y seducciones de extraños, ni con ellos tengáis más relaciones que las de estricta urbanidad. No os entretengáis con ellos en conversaciones vanas, fútiles y peligrosas de esas en que se dan rienda suelta la vanidad, inconsideración y malicia del siglo. No habléis con ellos ni muy poco ni demasiado, siempre con circunspección, y en cuanto se pueda, de modo que edificuéis. Pero, más que toda cosa, evitad esas peregrinaciones de estómago que el divino Maestro prohibía á sus Apóstoles, diciendo: «Estaos donde os han recibido, comiendo y bebiendo lo que os den, y no andéis de casa en casa: *Nolite*

transire de domo in domum» (1). Creen los seculares que honran á un predicador cuando dicen de él que «es hombre de mundo.» Vosotros miradlo como afrenta, y portaos de manera que digan: «Es un santo.»

Alguna vez hallaréis curas celosos, acostumbrados á hacer que visite la parroquia el misionero llamado á evangelizarla. Prestaos á esa caritativa diligencia con las clases humildes: lo agradecen mucho, y es, por lo general, excelente medio de atraerlos al templo á escuchar la palabra de Dios. Posible es que acá ó allá tengáis algo que sufrir: no os apuréis; es el pan bendito de los apóstoles. «Bien sabéis, dice San Pablo, lo que para vosotros he sido desde el día de mi llegada, sirviendo siempre á Dios con toda humildad en medio de lágrimas y pruebas. Sabéis como no os he privado de palabra útil, no dejando nunca de predicaros en público y á domicilio. *Docens vos publice et per domos*» (2). Imitad al Apóstol: tratar con el pueblo, y con bondadosas atenciones y amables estímulos, animadle á que venga á oiros hablar del gran negocio de su salvación.

(1) Luc., x, 7.

(2) «*Vos scitis, a prima die qua ingressus sum in Asiam, qualiter per omne tempus fuerim serviens Deo cum omni humilitate, et lacrymis et tentationibus.... Quomodo nihil subtraxerim vobis utilium quominus annuntiarem vobis, et docens vos publice et per domos.*» (Act., xx, 18, 19, 20).

Si á la vez que vosotros, en la misma iglesia ó en la misma ciudad, predicán otros oradores, jamás os permitáis rebajar la autoridad de su palabra con críticas desfavorables; con las cuales denotaríais envidia de su éxito, ó pretensión de arrojaros el monopolio de bien decir, dando menguada idea de vuestra modestia.

Recordad en último término, que para cultivar el campo del Señor; no basta sembrar y que el ministerio de las confesiones es indispensable complemento del ministerio de la palabra. Es de menor ostentación, y no tan halagüeño á la naturaleza, pero nos reserva las mayores satisfacciones y consuelos. Quien rehusa el confesonario «parecése, según el venerable Humberto, al labrador que de grado siembra y no quiere cosechar, ya que en la confesión se recoge lo sembrado con la predicación» (1). ¿Es poca honra y poca dicha para un apóstol posesionarse de las almas rendidas con su palabra y presentarlas á Dios?

Confesad con celo, mas también con discreción. No os dejéis sorprender por almas inquietas que, llevadas de malsana curiosidad, siempre andan buscando nuevas direcciones. Libraos de

(1) «*Similes sunt agricolæ qui libenter seminant et non vult metere. Per prædicationem enim seminatur, per confessionem colligitur fructus.*» (Op. cit., part. VII, § 44).

ellas con buenas formas, y reservad el tiempo, la solitud y el trabajo para las que tienen real necesidad. Purificadlas, y prodigadles consuelo y fortaleza, evitando, no obstante, el crear entre ellas y vosotros aficiones marcadamente naturales y extremadas, que podrían esclavizaros, haciéndoos perder el tiempo y acaso la paz del alma.

En una palabra, queridos míos, sea vuestra vida en predicación florecencia y religiosa manifestación de todas las virtudes y gracias que hermosean, iluminan y abrazan vuestras almas apostólicas, para que cuantos os vean, oigan y traten, puedan decir de vosotros lo que San Bernardo del Salvador: «*O bone Pater, quam dulciter nobiscum conversatus est.*»